

MIRTA ARLT

MI PADRE: *imágenes*

Los primeros recuerdos son imágenes sueltas. Vivíamos en los alrededores de Villa Devoto. Fue la única vez que tuvimos una casa nuestra. Era grande y sin terminar; daba sobre una calle de barro. Es decir el terreno era grande porque la casa se reducía a dos dormitorios y un comedor sin revocar y con piso de tierra. Todas las habitaciones miraban a una galería que las rodeaba. Desde cuando vivíamos ahí no lo sé. Para mí la historia de la humanidad comenzaba en ese lugar. Por aquel entonces mi padre me parecía muy alto, delgado y fuerte. Mi madre era pequeña, rubia y enferma. Nuestros muebles se reducían a un ropero grande colocado en una esquina y camas blancas como las de los hospitales de hoy. Mi padre escribía siempre. Su posición preferida era estar recostado sobre la cama y rodeado de papeles. También lo recuerdo armando una radio con antena en forma de arpa. Supongo que esto debía suceder entre los años 1928 y 1929 porque yo no iba todavía a la escuela. Lo veo además, construyendo un gallinero junto con mi abuelo, un alemán más alto y corpulento que mi padre. Ahora la imagen retrocede; no sé si eso sucedía en nuestra casa o en la de mi abuelo. Entre los dos alimentaban artificialmente a una cantidad de ganosos colocados en especies de nichos de

madera contra la pared. Con una máquina similar a las de picar carne les enchufaban una manguera en el pico y el alimento iba como si los pobres hubieran sido pellejo para embutido. Creo que el experimento debió fracasar. Ahora, mi recuerdo salta; lo veo haciéndome un barrilete grande que remontamos juntos, digo mal, que él remonta mientras yo miro sin atreverme a interrumpir su entretenimiento. Después llega a casa con un señor alto que se llama Roberto Mariani y oigo que le dice, "sentate y escuchá y (a mí) usted salga y no moleste a los mayores". Más tarde me trae acuarelas y me enseña a contar hasta veinte; yo salteo siempre el diez y ocho... "¡mocosal" y ¡paf!, el lápiz por la mollera.

Fuma "Nobleza de 20" y junto las figuritas de dos centavos hasta que tengo un peso, entonces mi padre me soborna y me cambia el peso por papel carbónico y acuarelas. Ahora ha pasado el tiempo y está triste y me lleva al zoológico. De pronto saca una libreta y escribe cosas; a la vuelta me deja en la puerta de casa y me dice angustiado, "chau, linda; tu padre hace muchas macanas pero te quiere mucho". Ahora ya soy grande, tengo once o doce años. Hace mucho que no le veo. Mi padre ha vuelto de España. Está convencido de que no puede perder tiempo: estudia inglés una hora diaria.

Recuerdo especialmente una profesora vieja que tenía un pronunciado olor a desinfectante; su sombrero de terciopelo negro se parecía a un gorro frigio y su cara enharinada era más bien una máscara. Después de algunas reyertas familiares, debido, a la estela alcanforada que dejaba su paso, hubo que cambiarla. Dos o tres horas diarias estudia piano. De pronto interrumpe: ¿"Que es eso? ¡Apaguen esa radio!"; la música popular está prohibida en casa. Ocupamos dos habitaciones de una pensión sobre la Avenida de Mayo. En su pieza están mezclados en la misma pila, libros de música, textos de inglés, una química, un libro de astrología en italiano, *Napoleón* de Emil Ludwig y *La montaña mágica* de Thomas Mann. "¡Qué gran escritor este Thomas Mann! mirá leete esta parte —tengo que hacer la nota para EL MUNDO—. A ver escuchá ésto, ¿qué te parece?, Para el último acto habrá que hacer un Moloch. ¿Te imaginás el efecto tremendo que va a tener este final? A ver leete esta otra parte"... "Papá, ayer se escribe sin h. Lee y déjate de decir estupideces". Es noche de estreno: *Saverio el cruel*, *El fabricante de fantasmas*, *Africa*, *La fiesta del hierro*. "¿Te das cuenta? la gente sale desconcertada". Invariablemente la gente salía "desconcertada". y eso lo ponía eufórico. Alguien acota, "Este tipo es un loco"; mi padre mezclado entre el público husmea como perro que busca al amo, escucha los comentarios y se regodea.

Mayo de 1942. "Este mes voy a verte" me dice por teléfono. Estoy en la Universidad de Córdoba. Me escribe, "Recíbete pronto, quiero tenerte cerca. Mirtita, serás el báculo de tu anciano padre". Hay que apurarse; doy dos años en uno, es decir tres, en el tercero me aplazan. Hace un frío tremen-

do. Pasa mayo y llega junio. Son las ocho de la mañana. Lo estoy esperando en la estación del Central Córdoba. Allí baja. Está más gordo, barbudo. Trae una valijita chica por todo equipaje. Un "maestro" de media cuchara tendría pudor de usar su sombrero. La estación, la hora, el encuentro nos produce una alegría melancólica. El pantalón no conoce raya. Vamos a casa de mi abueya en Cosquín. Allí pasamos quince días. Mi abuela quiere saberlo todo y hace preguntas indiscretas. Mi padre se irrita, después la palmea en el hombro; entonces mi abuela vuelve al interrogatorio como si no hubiera pasado nada. mi padre menea la cabeza y sale del paso con monosílabos. Le limpio y plancho los pantalones, le regalo una camiseta de lana y un sombrero. Mi padre se deja hacer; mi abuela cocina; él mira sonriente y me parece que está sintiendo la familia como esas fiebres suaves que nos amodorrán y un poco nos acarician.

Todas las mañanas salimos a caminar. El aire es muy transparente, el cielo parece vidriado y la luz del sol palidece con el frío; nuestro aliento se transforma en vapor. Es indispensable tomar una ginebra para poder seguir. Qué hago, qué pienso, cómo me siento, "¿Quiero que sepas que podés venir a contarme... que has matado a un hombre? ¿Me entendés? Quiero que entiendas bien lo que te quiero decir" y cambia de conversación y de tono en forma cortante. Es un modo de decirme que eso no es una frase ni un tema de conversación. "Pronto vamos a ser ricos". "Las mujeres no tendrán más remedio que usar mis medias. Esta muestra (siempre lleva muestras de su intento en los bolsillos) está cocinada con látex a una temperatura distinta de esta otra".

MI PADRE

Esta otra ha sido sometida a un proceso de enfriamiento en tales o cuales condiciones. "Tocá ésta y decime si no es perfecta". "Te digo sin frío ni calor que soy un genio".¹

Cuando termine de corregir *El Desierto* (*El desierto entra a la ciudad*), que ha traído consigo y que acabamos de leer, empezará inmediatamente con *Elena de Troya*. Se trataba de una nueva interpretación del robo de Elena. Los intereses políticos juegan y deciden los actos de Menelao y Paris. Elena está en conocimiento de la trama política y se presta al juego. Todo adquiere tono de farsa. Está entusiasmado con su propio relato. De pronto se detiene: "Mirá, esos eucaliptos, parecen tremendos abanicos hechos de

plumas de avestruz". Continuamos. Ahora se da cuenta de que toda su vida ha sido una larga preparación para llegar al teatro. Ya no podría escribir novela. Todo lo piensa y lo imagina en lenguaje teatral. "Lo importante es saber ver; nuestros escritores no saben ver; saber pensar, pero no saben ver".²

Y este era el fin. No se puede hablar de un orden, de un método, ni de un sistema de vida. Cuando me doy vuelta para retomar el diálogo ya no está. Es el mes de julio de 1942; a mediodía una llamada de Buenos Aires. Corro al teléfono; papá llamó ayer, unos minutos antes de que yo llegara, no es raro que vuelva a llamar hoy... *lo demás es silencio.*

¹ Roberto Arlt tuvo, desde su infancia, gran afición por la ciencia, la química especialmente, y la mecánica. Algunos personajes de sus novelas, en cierto modo autobiográficos —como son Silvio Astier, el adolescente de *El juguete rabioso*, Remo Erdosian, de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* y el Balder de *El amor brujo*— trasuntan estas inquietudes del autor. Así, inventa "un nuevo procedimiento industrial para producir una media de mujer cuyo punto no se corre en la malla", según memoria descriptiva que el propio Arlt acompaña en el momento de solicitar patente de invención, en 1942. (N. de la D.)

² Su producción teatral está compuesta por *El humillado* (1930), *300 Millones* (1933), *El fabricante de fantasmas* (1936), *Saverio, el cruel* (1936), *La isla desierta* (1938), *África* (1938), *La fiesta del hierro* (1938) y *El desierto entra en la ciudad* (que dejó inédita). LAS NOVELAS: *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), *Los lanzallamas* (1931) y *El amor brujo* (1932). Publicó un libro de cuentos: *El jorobadito* (1933). Y dos series de relatos: *Aguafuertes porteñas* (1933), donde se recopila una pequeña parte de sus notas, firmadas, aparecidas en el diario EL MUNDO, y *Aguafuertes españolas* (1936), crónicas de su viaje a España en 1935. (N. de la D.)